



CEDOC
DIPOSIT

E. Giral

/PEQUEÑA/ /JULIO/Y/A

ANTOLOGIA GOST

/DE/TEXTO O/DE

S/DE/ /MIL

PIO BAROJA

/COLE /NOV

CCION/"CA ECIE

SI/TAN/VI NTOS

EJO/COMO/ /SET

EL/HOMBRE ENTA

"/Nº/001/ /Y/SIETE//



El carbonero

Se despertó Garraiz, y salió de la choza; tomó el sendero que corría por el borde mismo del precipicio y bajó a un descampado del monte, en donde iba a preparar un horno de carbón.

Comenzaba el día; pálidos resplandores iban surgiendo en el Oriente; como hebras de oro en un mar sombrío se destacaban los primeros rayos del sol al herir las nubes.

Sobre los valles se extendía la niebla compacta y densa, como un sudario gris que se agitara con el viento.

Garraiz comenzó su trabajo. Empezó por recoger los troncos de leña mas gruesos que había en el suelo formando montones, y los colocó circularmente, dejando un vacío en el centro; luego fue poniendo otros mas delgados sobre aquéllos, y sobre éstos, otros, y así continuó su obra, silbando un principio de canción que nunca concluía, sin sentir la soledad y el silencio que dominaban en el monte.

Mientras tanto, el sol ascendía y la niebla comenzaba a rasgarse; aquí se presentaba un caserío en medio de sus heredades, como ensimismado en su tristeza; allá, un campo de trigo ya amarillento que tenía sus olas como un pequeño mar; en las cumbres, las aliagas doradas brotaban entre las rocas y parecían rebaños que subían por el monte. Tendiendo la vista lejos se veía un laberinto de montañas, como si fueran olas inmensas de un mar solidificado; en unas, la espuma parecía haberse trocado en la piedra calcárea que las coronaba; otras montañas eran redondas, verdes, oscuras, como las olas del interior del mar.

Garraiz seguía trabajando y cantando su canción. Esa era su vida: apilar leña, cubrirla luego con helechos y barro, y después pegarla al fuego. Esa era la vida; no conocía otra.

Llevaba algunos años de carbonero. Tenía veinte, aunque él no sabía a punto fijo los años que contaba.

Cuando la sombra de una cruz de hierro que estaba clavada en la parte mas alta del monte venía a dar en el sitio en que el trabajaba, Garráiz abandonaba su faena, e iba a comer a una borda, en donde la mujer del contratista les daba de comer a los carboneros.

Aquel día, como los demás, Garráiz bajó por una senda a la hon - drosa on que se veía la borda, una borda tosca de piedra, con una puerta y dos estrechas ventanas.

- Buenos días - dijo al entrar.

- ¡ Hola, Garráiz ! - le contestaron de dentro.

Se sentó junto a una mesa, y esperó. Una mujer le acercó un plato, y vertió en él el contenido de una olla que sacó de la lumbre. El carbonero comenzó a comer sin hablar nada, echando de cuando en cuando pedazos de pan de maíz a un perro que bullía entre sus piernas.

La mujer de la borda le contempló un momento, y después le dijo :

- Garráiz, ¿ sabes lo que decían ayer en el pueblo ?

- No.

- Decían que tu prima Vicenta, tu novia, la que está en la ciudad, va a casarse.

Garráiz levantó los ojos con indiferencia, y siguió comiendo.

- Otra cosa peor me han dicho a mí - añadió uno de los carboneros.

- ¿ Qué ? - preguntó Garráiz.

- Que el hijo de Antón y tú habeis caído soldados.

Garráiz no replicó; pero su cara adusta se oscureció más. Se levantó de la mesa, llenó un cubo con brasas de la lumbre y volvió al sitio donde trabajaba; arrojó el fuego por el agujero del ver-

tice del horno, y cuando vio las espirales de humo que comenzaban a salir lentamente, se sentó en el suelo al borde mismo del precipicio.

No, no sentía ni tristeza ni cólera porque su novia se casara; le era indiferente; lo que le exasperaba, lo que le llenaba su espíritu de una rabia sombría, era el pensar que le iban a arrancar de su monte aquellos de la llanura, a quienes no conocía, pero a quienes odiaba.

- ¿ Por qué ? - se preguntaba él - iba a obligarle nadie a salir de allí? ¿ Por qué iba a defender a nadie cuando no le defendían a él ? Y, sombrío e iracundo, empujaba con el pie las grandes piedras del borde del precipicio y las veía caer en el vacío, saltando aquí, rodando allá, arrancando arbustos, hasta desaparecer e irse al fondo del derrumbadero.

Cuando las llamas rompían la coraza de barro y de hierbas que las sujetaban, Garraiz cogía su larga pala, e iba tapando con barro los boquetes hechos por el fuego.

Y se deslizaban las horas, siempre iguales, siempre monótonas; la noche se acercaba, el sol descendía con lentitud entre nubes rojas, y el viento del anochecer comenzaba a balancear las copas de los árboles.

Se oía ese grito de los pastores para llevar al aprisco las ovejas, que parece una carcajada sardónica, larga y estridente; se entablaban diálogos entre las hojas y el viento; los hilos de agua al correr por entre las peñas resonaban en el silencio del monte como vaces del órgano en la nave solitaria de una iglesia.

Y la noche avanzaba y las sombras en masa subían del valle. Densas humaredas se escapaban del horno y a veces montones de chispas.

Garraíz contemplaba el abismo que se extendía ante él, y, sombrío y taciturno, enseñaba el puño a aquel enemigo desconocido que tenía poder sobre él, y, para manifestarle su odio, tiraba hacia la llanura las grandes piedras del borde del precipicio.

Fragmentos de " El hotel del Cisne. (Dias aciagos) "
Sexta Parte. Sueños del alcohol y de la digital.

XXII

LA CIUDAD DEL MIEDO

El mundo entero esta temblando.

Nadie duerme tranquilo.

Los centinelas gritan con voz vibrante : ¡ Alerta !

Es el miedo.

Se oyen voces estrepitosas, voces de mando estentoreas.

Es el miedo.

Hay gente que tiene la cara del mismo color que el uniforme amarillento y terroso.

Es el miedo.

El que prende está pálido y desencajado y el que es preso también.

Es el miedo

El mundo tiembla de miedo y las músicas tocan himnos de victoria.

Es el miedo.

EL PANKLASTON

Estoy prisionero en un monte horadado que es de arena y piedra. Somos miles de personas en unas galerías con paredes y techos de cristal. Nos asomamos por las ventanas a un paisaje ceñudo y sombrio.

¿ Por qué estamos aquí ? Yo al menos no lo sé. Supongo que es por algo que se relaciona con la guerra mundial.

Desde una obertura me pasan un paquete de tabaco. Tiene dos iniciales P.K.

Yo con esta malicia intuitiva que me ha brotado comprendo que no es tabaco. ¿ Cómo he averiguado lo que es ? No sólo he averiguado, sino que me explico enseguida su etimología a pesar de no saber arriba de media docena de palabras en griego. Pan es todo y klastos roto. El panklaston es un producto que desorganiza cuanto toca.

Lo hecho por la ventana y veo que inmediatamente comienzan a deshacerse las murallas y las piedras de nuestro encierro, sin ruido, sin explosión ninguna. Salgo al camino y el monte y los alrededores se van disolviendo. Todo desaparece sin humo, sin explosiones, en un silencio imponente. Entonces tomo un auto anfibio y me voy alejando unas veces por tierra y otras por encima del agua y contemplo cómo se deshace la costa.

- ! Hurra ! ! Hurra ! - grito con entusiasmo.

Adelante tengo espacio y libertad.

Fragmento de " Paradox Rey "

Elogio metafísico de la destrucción

Destruir es cambiar; nada mas. En la destrucción esta la necesidad de la creación. En la destrucción está el pensamiento de lo que anhela llegar a ser.

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

En el mundo en que nada se aniquila, en el mundo en que nada se crea, en el mundo físico, en el mundo moral, en el mundo en que la nada no existe...

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

En el volcán que se levanta en medio del océano, en la isla que se hunde en el mar, en la ola que se evapora, en la nube que se condensa en la lluvia...

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

En la tierra que se rompe con el arado, en el mineral que se funde en el horno, en el cuerpo que se volatiliza, en el prejuicio que desaparece...

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

Pálidas imágenes del pensar humano, brutales explosiones de la materia inerte: sois igualmente destructoras, sois igualmente creadoras.

Destruir es cambiar. No, algo mas. Destruir es crear.

Conciencias cansadas

Salí del teatro, disgustado, triste, con el cerebro lleno de ideas negras. Tanta grosería, tanta bestialidad, me molestaban. Me encontré en la calle. Era un anochecer de día de fiesta. El cielo estaba plomizo, llovía; como el barro sucio en las aceras, se iban formando en mi espíritu sedimentos de ideas turbias, precipitados negros, tan negros como el cielo y como la noche.

Las tiendas estaban cerradas; los tranvías regresaban hacia la Puerta del Sol, atestados de gente; había esa animación repulsiva del domingo, que tanto nos molesta a los que podemos salir durante toda la semana. Hasta en eso el hombre es egoísta: le desagradaba uno la alegría estrepitosa de la gente de las tiendas y de los almacenes.

Huyendo del alboroto, me interné en callejuelas estrechas andando al azar. No podía arrojar de la imaginación el recuerdo del teatro; oía los brutales chistes de la obra, transformándose en carcajadas al pasar por las cabezas huecas de aquella masa de imbéciles que formaba el público, y veía a uno de los cómicos, un payaso de cara innoble con el cuerpo rígido como un garrote, haciendo gestos y visajes y dando gritos estridentes. Y, sin embargo, me había dicho que era un hombre honrado, padre de familia, decente y digno; su mujer, una mujer de su casa, se ganaba la vida enseñando las piernas en el teatro, mientras él hacía payasadas. El dinero que iban reuniendo lo guardaban en el Monte de Piedad. Esto no sé por qué me parecía extraño.

Seguía andando al azar, cuando me llamó la atención el escaparate de una funeraria. Desde chico siento una gran aversión por esas tiendas, y, sin embargo, excitan mi curiosidad. Es un tráfico

curioso el que se hace con los atavíos de la muerte, ¿ verdad ?
Es interesante una funeraria; parece un archivo, un museo de cosas
lúgubres y grotescas al mismo tiempo. Se suelen ver en el interior
ataúdes de todas clases y tamaños, como en las tiendas de ultra-
marinos las latas de conservas; luego en el escaparate hay coro-
nas blancas para niños, coronas negras para los hombres, angeli-
tos en una postura académica, mirando a la izquierda un letre-
ado que dice "Souvenir", porque en España hasta los angeles están
traducidos del francés, y hay otras muchas cosas interesantes :
cruces de mármol, adornos de azabache, y, además, un farol sobre
la puerta.

Después de mirar el escaparate, dirigí mi vista hacia el in-
terior. En medio de la tienda, junto a la mesa, cosía una mujer
joven; dos niños correteaban por allá y jugaban al escondite, o-
cultándose entre los ataúdes. Alguna zambra debieron armar entre
los dos, porque el más pequeño comenzó a llorar y se acercó a la
mujer. Esta dejó la aguja y la tela sobre la mesa, y tomó al ni-
ño en los brazos. Pude ver su cara, una cara morena, llena de en-
nergía y de bondad. " ¿ Cómo no le parecerá a esta mujer su co-
mercio repulsivo ? ", me pregunté, y, no pudiendo darme a mí mis-
mo contestación, seguí adelante.

Como la acera de la calle era estrecha, tuvo que dejar paso
a una pareja que venía de bracete. Al cruzar, los conocí a los
dos. Era un matrimonio feliz; vivían en una continua luna de miel;
tenían una casita de préstamos que les daba pingües ganancias, y,
después de pasar la mañana él en sus negocios y ella arreglando
la casa, iban a pasear por la tarde del brazo, tan enamorados, sin
acordarse de la mujer del albañil, a la que habían dado dos rea-
les por el empeño de unas sábanas que valían sesenta : " ¿ Y es -

tos tendran remordimientos ! - pensé -. Seguramente que no. "

Se me ocurrió ir a cenar al café. La casa debía estar triste. Un cura que se sentaba en mi mesa se acercó y se puso a tomar café a mi lado. Empezó a hablarme de las partidas de tresillo que jugaban en casa de unas amigas.

Viendo que estaba distraído, el cura se puso a hablar con uno de otra mesa. Enfrente de mí acababan de sentarse dos abonadas a diario; la madre era una lagarta, gruesa y amazacotada; la hija, una rubia con los ojos azules y una carilla ojerosa y lánguida. La madre exhibía a la hija con el piadoso objeto de venderla, y, a pesar de esto, se veía que la quería. Seguramente si se hubiera muerto su hija hubiera llorado. ¿ Pero no tendría alguna cosa como conciencia esa mujer ?

Deseando olvidar el tema desagradable de mi pensamiento, abrí una " Ilustración ", y lo primero que me apareció fue el retrato del general...

! Ah !, el general. Recuerdo haberle visto pasear con sus nietos, y en seguida se presentó ante mi imaginación la siguiente pregunta : ¿ Le recordará la conciencia a este hombre por los soldados que ha enviado a morir a tierras lejanas ? A juzgar por lo sonriente del retrato, no debía recordarle ni poco ni mucho.

- Pero aquí nadie se arrepiente de nada - murmuré, yo indignado.

- ! Caramba ! - dijo el cura, interrumpiéndome -. ! Caramba ! Hoy viernes de Cuaresma, y he tomado café con leche. ! Qué atrocidad !

Vamos, ya había uno que se arrepentía de algo.

Salí del café pensativo. El cómico, el de la funeraria, el prestamista, el general, el cura, todos me parecían sin concien-

cia, y, además de éstos, el abogado que engaña, el comerciante que roba, el industrial que falsifica, el periodista que se vende de ..., y, sin embargo, pensó después, toda esa tropa que roba, que explota, que engaña y que prostituye tiene sus rasgos buenos, sus momentos de abnegación y sus arranques caritativos. La verdad es que semiángel o semibestia, el hombre es un animal extraño.

PIO BAROJA

CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO (C. N. T.)

FEDERACION LOCAL DE TERRASSA.

PUBLICACION INTERNA.

PRO - MANTENIMIENTO ASESORIA JURIDICA.

25 PTAS.